TODAS LAS ALMAS

Ya era tarde cuando, después de pasar la última página de la novela de Marías, se dio cuenta de que, como el protagonista, estaba sumido en una especie de estupor (lánguido): tantos proyectos, tantas horas tirando miguitas en el lago a la espera del cisne, esos perezosos (pero preciosos) cisnes que nunca aparecían.

No se podía decir que allí (donde él vivía) los días fueran brumosos como los de Oxford, sino todo lo contrario. El sol impactaba contra sus entrañas- con tanta claridad, con tanta pregunta- que se sentía traspasado por la luz, herido, expuestas sus vísceras como en un libro de anotomía. La luz de aquel lugar nada tenía que ver con la de los paisajes del profesor oxoniense, pero sus efectos en el pensamiento eran parecidos: a ambos la tristeza de lo secreto los acompañaría siempre.

Oxford (en la novela) era un lugar construido sobre un cementerio de silencios y frustraciones y la calidad del aire se medía por la cantidad de palabras que nunca se dijeron ni se dirían. En cambio, donde estaba él, las palabras iban de un lado para el otro (como moscas) pero estaban vacías. Eran ridículas, vulgares, estúpidas. La calidad del viento se medía por la cantidad de estupideces que se decían. Pensó que preferiría el silencio a ese zumbido de su propio pensamiento*: ¿dónde se guardan esas palabras (de verdad) que no se dicen? ¿Acaso existen lugares secretos donde puedan vivir unas diciéndose a las otras (y viceversa); o por el contrario, ¿disponemos de nichos donde (hacinadas) se convierten en tristeza y enfermedad?* El profesor español de la novela siente la necesidad de ponerlas en su boca, de hacerlas volar, de condenarse por ellas (“nos condenamos por lo que decimos, no por lo que hacemos”). Nuestro protagonista, no. No quería condenarse por sus palabras. Iba siempre con un lápiz como cazamariposas y por las noches diseccionaba sus capturas: las colocaba en frascos o las preparaba para las vitrinas. De la novela había *cazado*: “todo debe ser contado a alguien, en el momento justo y a veces ya nunca más si ese momento justo no se supo reconocer o se dejó pasar deliberadamente”. Y leyó en voz alta ese “justo”, con énfasis, porque así creía que lo quiso Marías al escribirlo. Leer en alto era dejar volar a las mariposas. Y se percató de que los ejemplares más bellos son los que dejamos volar, los que el *atrapador* no atrapa, los que no se exponen en los museos, los que no crucifican los alfileres.

Todos los días eran para él *domingos desterrados del infinito*. No tenía una Clare Bayes que lo *mirara sin velo* y, si algún día la tuvo, la dejó pasar, como a una mariposa (mucho más bella en la distancia). El etimólogo de Marías no sentía la sensación de descenso, pero nuestro entomólogo sí y ya llevaban mucho tiempo conviviendo. Lo suyo era una caída libre (también lenta) y realizaba asociaciones horrorosas entre perritos tuertos y dulces jovencitas rubias. Las tragedias imbéciles de las que huía Clare… eran para él un *por qué no te callas niño o* un *necesito que me atienda ahora.*

Nunca tuvo un Will en la puerta de su bloque de pisos, ni a la entrada de su trabajo (que confundiera nombres con vidas) y sintió cierta melancolía de lo que nunca fue ¿Se puede añorar algo que no se ha tenido?

Marta